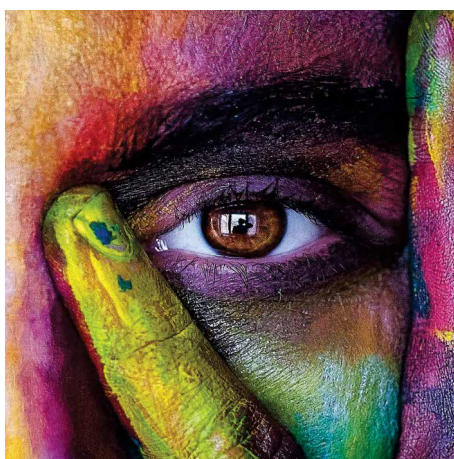


SEGUNDA PARTE

Comprendiendo las voces jóvenes
en los procesos de violencia,
convivencia y paz



Vivir el contexto: exigencias y relaciones contrapuestas en jóvenes

*César Núñez**

*Liliana Gallo Consuegra***

*Elizabeth Gómez Etayo****

*Josué Carantón Sánchez*****

*Nora Vargas Margarita Vargas Zuluaga******

*Ányerson Stiths Gómez Tabares******

Resumen

Los jóvenes son parte activa, como autores y actores de experiencia, en los diversos contextos en los que se insertan las lógicas contradictorias de encuentro con los adultos; la experiencia normativa, la protección y el vínculo simbólico con el otro y la institucionalidad que representa una realidad de partes y contrapartes. En tal sentido, el punto esencial de este capítulo gira en torno a las exigencias y relaciones contrapuestas donde se explica las diversas tendencias de la relación entre experiencias y tensiones con el contexto en los jóvenes, lo que a su vez se relaciona con las formas de la vida en lo cotidiano que obligan retos de adaptación, ajuste y convivencia directa con las violencias.

* Docente e investigador, facultad de Ciencias Sociales y Humanas, del Programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: cnunez@udem.edu.co

** Docente e investigadora del Programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: lgallo@udem.edu.co

*** Docente e investigadora del Grupo de Investigación en Conflictos y Organizaciones y directora del Instituto de estudios para la sostenibilidad de la Universidad Autónoma de Occidente. Correo electrónico: egomez@uao.edu.co

**** Doctorando en Educación Universidad de Salamanca, España; docente catedrático Facultad de Medicina, Universidad de Antioquia. Correo electrónico: ilvar.caranton@gmail.com

***** Docente e investigadora, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: nmvargas@udem.edu.co

***** Docente e Investigador, Facultad de Psicología y Ciencias Sociales, Programa de Psicología, Universidad Católica Luis Amigó, Manizales, Colombia. Correo electrónico: anyerspnm.gomezta@amigo.edu.co

Como condición relacionada, el consumo de drogas se constituye una representación frecuentemente asociado con la violencia en jóvenes, frente a lo cual se representa en la experiencia de los mismos una reclamación al contexto de control y regulación institucional y estatal, buscando que el consumo no sea siempre criminalizado y se reconozca como una sensibilidad distinta. A su vez el problema de la pasividad y la pereza como síntomas de las cadenas de violencia se presenta como parte representativa en discusión frente a los componentes de oportunidad y gestión social estatal; y finalmente, se ubica el reconocimiento o controversia de las acciones frente a la violencia realizada generalmente desde una lógica adulta, que evidencian el juego de contrapartes entre adultas y jóvenes, donde las primeros constituyen una forma no claramente válida de modelo a seguir, y los segundos radicalizan su distancia de los primeros aludiendo al no reconocimiento de lo distinto, lo diverso.

El capítulo muestra un lenguaje muy contextual y vivencial, a partir de lo cual se busca expresar las componentes de cada categoría como una descripción e interpretación cercana a las experiencias que los jóvenes expresaron en las diversas fases de recolección y análisis de información en el proyecto de investigación, que tal como se expresa en la introducción del libro, correspondieron a tendencias independientes en las ciudades donde se realizó el estudio, tanto en las técnicas de recolección de análisis como en la forma de expresar los resultados y su discusión propiamente. No es la intención minimizar el alcance conceptual de los planteamientos, tampoco teorizar en gran medida las experiencias que permitieron construir este apartado formalmente como capítulo de investigación. Sí lo es tratar de dar cuenta de lo que para estos es vivir el contexto con sus exigencias y relaciones contrapuestas.

5.1. Entre la invisibilidad y el estigma disfrazado

Según la percepción de los propios jóvenes, ellos consideran que son parte de los grandes problemas que los adultos no han podido o no han querido resolver, por incapacidad o desinterés; y que, además, son señalados de forma explícita por su incidencia o participación directa en el fenómeno de las violencias, como si los adultos no tuvieran también responsabilidad en ello.

Es de destacar que se han hecho campañas, leyes y grandes eventos mediáticos para visibilizar a políticos oportunistas, que usan los jóvenes en épocas de campaña sin tenerlos en cuenta de forma efectiva en los programas de gobierno y, en consecuencia; las políticas que abordan las distintas representaciones de violencia juvenil, son realizadas por funcionarios que desconocen tales realidades.

En algunos escenarios se entiende que la reconfiguración de los Consejos Municipales de Juventudes obedece más a campañas políticas efímeras que a mecanismos y estrategias genuinas para visibilizar las realidades de los jóvenes (González, 2017; Jiménez, 2017), esto es más claro en los eventos de ciudad que se realizan gratis, con intereses muy particulares y que apuntan a futuras candidaturas a cargos de elección popular.

En diversos ámbitos laborales y políticos, los jóvenes carecen de las oportunidades necesarias para ser miembros activos en la sociedad y surgen grandes dificultades para acceder a empleos de calidad que permitan su autonomía material, y en estas condiciones las opciones de participar en actividades ilegales y enfilarse en grupos armados, emerge como una opción, tal como lo plantean una parte importante de los entrevistados. Lo que se muestra, es que las nuevas necesidades creadas a nivel del consumo simbólico y el poco o nulo valor que está teniendo la educación en una sociedad que negocia sus valores como si fueran bienes materiales, así como la hiperinflación educativa, muestran que ya no basta una carrera, sino que urge una especialización, una maestría; todo ello continua generando frustraciones mayores en los jóvenes, pues las expectativas de movilidad y mejoría de nivel social se ven frustradas sin siquiera en muchos comenzar o intentarlo, unas veces por las barreras y la negación del acceso a activos productivos de formación educativa y otras a empleos dignos.

Pese a hacerles creer que tienen libertades democráticas, los jóvenes muestran apatía y no se sienten representados en las instituciones y por lo tanto expresan un creciente desinterés en comprometerse en la política y en la toma de decisiones, lo cual los hace a su vez víctimas de los usos indiscriminados de la comercialización de sus necesidades y sus oportunidades. Algunos jóvenes a su vez buscan asociarse en grupos diferentes, no solo en los que ofrecen las instituciones municipales, sino que acceden a crear espacios, afinidades, que facilitan la inclusión en algún lugar o en la comunidad, pues no siempre los programas institucionales ofertados son de total aceptación, presentándose así grupos con intereses diferentes que no están incluidos en los propuestos por la sociedad normatizada, especialmente alrededor de la música, el grafiti y deportes extremos.

Las instituciones educativas son un microcosmos, donde se reproducen las prácticas sociales de discriminación (Jiménez, 2017), que se llevan a cabo a nivel macro-social; la exclusión, el aislamiento, la humillación y el despojo y la agresión real y simbólica; manifiestan los jóvenes que ello está presente con frecuencia, pero no es evidente porque se presenta de forma disfrazada y

culturalmente normatizada, los patrones comportamentales adultos, además, no son reconocidos como modelos a seguir.

En la actualidad, la distancia entre las generaciones se exagera, pues los jóvenes recrean y resignifican sus identidades de forma continua y desarrollan formas de ver el mundo marcadas por la conectividad y el riesgo, lejos del mundo adulto. Todo esto se traduce hacia diversas formas de discriminación de los jóvenes y en la estigmatización del "ser joven" en lo que es un consumo pasivo de significados. Al respecto se puede ver en Lugo (2003) el valor fenoménico de la experiencia vivida por jóvenes en sectores populares, donde se resalta el valor estructural de los cambios y procesos que conllevan dichos cambios.

El consumo excesivo de bienes materiales y simbólicos que en apariencia no son perjudiciales para los jóvenes, les resulta bastante atractivo; como las prácticas asociadas a estereotipos de belleza y el acceso a la vida violenta ficticia presente en los videojuegos. El hecho de que los videojuegos sean adictivos implica que los jóvenes terminen absorbidos por el mundo virtual y olvidan sus responsabilidades, obligaciones formativas, acciones de convivencia, vínculos psicológicos y no puramente funcional con el otro. El mundo virtual termina robando vida a los jóvenes, quienes tras una imagen de violencia virtual la terminan apropiando en sus mentes y muchas veces después en sus conductas (Gómez et al., 2018), replicando modelos que están presentes en las diferentes lógicas de mercado que los absorben y ocupan su tiempo libre.

También para los jóvenes se consideran formas simbólicas de violencia los contenidos de los medios de comunicación que nutren de imágenes estereotipadas o discriminatorias de algunos sectores juveniles. La producción audiovisual que opera como vector eficaz del manejo sensacionalista y exagerado de hechos violentos constituye una forma solapada de violencia que contribuye a su tolerancia y su legitimación; los modelos audiovisuales tomamos como personajes y modelos violentos son convertidos en héroes e ídolos populares, tal como ocurre con los capos del narcotráfico, pero también con los *realities*.

La violencia también se expresa en el plano simbólico por medio de distintas manifestaciones del lenguaje y de representaciones culturales que la sociedad impone a individuos y grupos en sus procesos cognitivos de aprehensión de la realidad. La violencia simbólica es una forma suavizada o matizada, muchas veces insensible e invisible para sus propias víctimas, se ejerce esencialmente a través de elementos simbólicos de la comunicación, del conocimiento e incluso de los sentimientos (Bourdieu, 2000).

Según Bourdieu (2000) la violencia simbólica, se compone entre otros aspectos, por expresiones de violencia que son aceptadas o normalizadas por la cultura en las comunidades, que dan por sentado la existencia de un dominio masculino. En el caso de las violencias que vivencian los jóvenes, la eficacia de la dominación reside en la aceptación ideológica que ellos experimentan, quienes han trasmutado en el trasfondo el modelo mediado y aceptadas por los padres en virtud de la enorme importancia de las creencias religiosas y los sentimientos en la producción y reproducción de la superioridad y dependencia hacia lo masculino como aspecto central del orden establecido y que se refleja de forma muy clara en los jóvenes al visualizar el valor de la figura paterna como representante del control social y guía que les exige un camino adecuado.

Dicen los jóvenes que aquellos cercanos a prácticas *desajustadas*, es porque están lejos del orden paternal que afecta su normal sistema de valores y de pautas comportamentales adecuadas y esperadas por todos.

Se representa así, tanto la "invisibilidad como las tendencias de estigmatización", respecto de las prácticas de control adulto con una tendencia de regulación que se relaciona especialmente con intereses, que fuera del familiar son básicamente políticos o de acciones disfrazadas de beneficio realizadas por quienes desconocen los mundos juveniles (González, 2017; McDonald y Merrick, 2013). Tal como se ha planteado, existe un desinterés de los jóvenes por la participación política y en las decisiones orientadas por esta, lo que a su vez aumenta el riesgo de convertirlos en víctimas indiscriminadas de comercialización de sus necesidades, imágenes, oportunidades de futuro, que es contrario a lo que reclaman (France y Haddon, 2014).

Tras esta perspectiva, los jóvenes buscan afinidades que no siempre se ubican en lo legal y terminan engrosando las filas de la delincuencia (Gómez, 2019 a, b, c), que paradójicamente termina perseguida luego por la sociedad normalizada y el Estado, como institución legítima para tener el control de las armas. No obstante, a pesar de la interpretación negativa del control, se ha mostrado por Forber-Pratt et al., (2014) que la falta de poder de los maestros y administradores hacen sentir los jóvenes inseguros antes, durante y después de la escuela, lo cual se relaciona con la presión de unirse a las pandillas para evitar el peligro y tener niveles de reconocimiento y protección por fuera de lo legal.

En el encuentro con las instituciones y los adultos, los jóvenes terminan en medio de una tendencia material y simbólica de violencia que se representa generalmente por la percepción negativa que conlleva a la agresión real y simbólica, lo que implican usualmente un distanciamiento con las lógicas

adultas (Heflinger y Hinshaw, 2010) que son percibidas como formas de discriminación y estigmatización (Sernhede, 2011), aspecto que puede verse con claridad en el caso del consumo recreativo de drogas y prácticas leídas como violentas en espacios de sociabilidad como las de barras de futbol o grupos de expresión gráfica en las ciudades (Hilker y Fraser, 2009).

Tal como se ha sugerido antes, la violencia también se expresa en el plano simbólico por medio de distintas manifestaciones del lenguaje y de representaciones simbólicas que la sociedad impone a grupos de jóvenes a través de los medios de comunicación, pero en muchos casos la misma violencia es matizada por medio de reconocimientos, que casi siempre, los visualizan como el futuro, pero sin oportunidades en el presente. Dentro de esta condición no se puede dejar de lado la perpetuación de los aspectos relacionados con género relacionados con los elementos simbólicos de la violencia (Kosciw et al., 2009), especialmente orientados a la corporalidad femenina instrumentalizada como objeto de uso y mercado de consumo.

5.2. Cotidianidad urbana y la necesidad de estar *alertas*

La experiencia y vivencia frente a fenómenos de violencia e incluso la permanencia en contextos de la misma tiene como reto enfrentarse y exponerse a lo que se quiere vivir por muchos jóvenes, pero frente a los cuales no se esta preparado. Los jóvenes tienden a sobrevalorar su autoeficacia personal al creer que pueden manejar situaciones con el otro, el contexto y la institucionalidad, de forma fácil, pero en realidad se sale de sus competencias personales. Veamos:

Dentro de la vida de barrio y de *combo* se pasa mucho tiempo,... en el barrio se pueden interiorizar las cosas violentas y otras que no, por la influencia de compañeros, amigos, grupo..., pero uno nunca esta preparado pa esto, y le toca aprender, le guste o no. (Testimonio de un joven en Medellín).

El alcohol, las drogas ilegales, la vivencia del riesgo y la adrenalina que causa la violencia, como por ejemplo, el hecho de “borrar el espejo del otro” (acostarlo o matarlo) y las prácticas sexuales sin protección son ambientes que pueden hacer olvidar y dejar a un lado la familia y los valores en los jóvenes; también los escenarios de violencia se constituyen en ocasión de riesgo que convierte los jóvenes en lo que no se desean ser, pero les toca serlo para sentirse reconocidos y además sujetos útiles y seguros.

La vida cotidiana no es el modelo de valores que los adultos y las instituciones sueñan para los jóvenes, es incluso la forma de perfeccionar lo que ya se

ha aprendido orientado a los comportamientos de riesgo y a la violencia. Este aspecto ya se ha encontrado en otros datos respecto de salud y autocuidado en jóvenes tal como lo muestra Núñez (2004). En el recorrido de adecuación a la vida cotidiana se intensifica y se perfeccionan las prácticas cotidianas de consumo de drogas y se incrementa el nivel de respuesta de desajuste frente al conflicto y la tendencia de intolerancia, e incluso de agresión al otro como una clara expresión de ausencia o compromiso con el carácter prosocial propio de las relaciones humanas y sociales pacíficas (Gómez y Narváez, 2018, 2019); tal es el caso particular de las barras del fútbol y la vivencia escolar del matoneo, llenas ambas de contenidos y prácticas violentas con alta frecuencia. Dice una informante:

...sí, cuando uno va creciendo aprende el vicio, el tropel y esas cosas que son tan llamativas en el colegio y la calle; uno es medio sano, pero a donde uno llegue todo aumenta de nivel; la calle es otra cosa. (Testimonio de joven en Medellín)

Ello está relacionado con la vivencia de la presión de los pares, por la misma dinámica del ambiente escolar y cotidiano de la calle y por la mayor apertura que respecto de la familia se ofrece en relación con la vida del colegio, en cuanto cada vez se minimizan las posibilidades reales de control parental normativo, lo cual hace más proclives al contacto con las drogas y prácticas riesgosas y violentas. Respecto de la emergencia de aspectos reprimidos, dice un joven:

En la calle y el colegio mucha gente se *dispara*, se activa, se desborda; pues en la casa y a veces en el colegio tienen mucha represión y todo el mundo lo quiere controlar a uno; y la calle es otra vuelta, porque uno hace lo que quiere, y las normas se pueden fajar más fácil. (Testimonio de un joven en Medellín)

Pero también las ocasiones de riesgo son a la vez retos para la adaptación, y al mismo tiempo formas de relación y de encuentro de frente con la realidad entre los jóvenes mismos, lo que genera desequilibrios constantes que ellos consideran y sienten deben cambiar en su vida cotidiana y en especial en aquellos casos asociados a la violencia, en los que, no solo sufren ellos, sino sus amigos o familia.

La necesidad de enfrentar lo nuevo que se encuentra en los escenarios cercanos a la violencia, implican la interacción con otros y la presión del contexto, donde se construyen *nudos* de relaciones secuenciales de comportamiento; por ejemplo, lo que ocurre en la fiesta del barrio puede facilitar el consumo y oportunidad, tanto para la vivencia del "tropel" o "la pelea" como aspecto propio del vínculo relacional con el otro. El ambiente vincula y mueve a un mundo propicio y proclive a comportamientos violentos, lo que se considera

como una práctica cotidiana y normal; la confrontación verbal e incluso la tendencia de anulación y aniquilación del otro son formas de control que dinamizan la territorialidad y sus límites. Veamos esto:

[...] el *parche*, el “polvito” que energiza, y otras cositas que dan risa son detonante del tropel, y a veces hasta muñeco (muerto); una cosa lleva a la otra, y ahí todo si se vive más intensamente, ahí vemos quién manda a quién. (Testimonio de un joven en Medellín)

En el transcurso de la presencia en el colegio, la universidad, la escuela y la calle, se dan cambios notorios en los comportamientos que pueden afectar las prácticas de convivencia de los jóvenes, lo que se relaciona con la rumba sin límite, enfrentarse al otro y “no dejarse de nadie”. En tal sentido se percibe, no tanto una forma de relación proactiva con los otros, sino de enfrentamiento con los otros. Se va creando la idea de una existencia conflictiva propia de la vida cotidiana de los jóvenes, en la cual el otro no es para convivir sino para enfrentarse; este aspecto se radicaliza cuando en medio hay condiciones ideológicas como ocurre con los combos de barrio y las barras del fútbol. Teóricamente, este aspecto se ha tratado a la luz del concepto de desconexión moral y prosocialidad (Gómez, 2018, 2019abc; Gómez y Narváez, 2018, 2019).

Los jóvenes consideran que instituciones como la familia y la escuela que representan el poder y el control social, no ofrecen una buena formación, porque reproducen condiciones de sumisión que resultan ineficaces para la realidad que deben enfrentar en la calle. El modelo de escuela colombiana ha idealizado a los jóvenes como personas para el futuro; los adultos sueñan de una manera distinta la realidad de los jóvenes y si éstos no se corresponden con ese ideal de vida, de futuro, de progreso, son reprobados por los modelos adultos donde no cabe la calle como una opción que incide y transforma la vida.

Ello obliga la puesta en escena de estrategias que permitan adecuarse al ambiente violento de convivencia conflictiva, tales como el manejo en la toma de decisiones, el manejo de las relaciones con otros, el afrontamiento de los problemas sociales y con las autoridades, y la independencia personal relacionada con el distanciamiento frente a la familia (Núñez, 2004) y los entes protectores y el acercamiento a los pares o el llamado *parche*. En la calle y los escenarios de violencia y no violencia, las cosas dependen de cada cual en procura de construir independencia y asumir la libertad juvenil.

La calle connota un ambiente denso que aprende a llevarse entre el desequilibrio y los límites del entorno, donde se pasa de la ingenuidad a las condiciones de manejo real, donde la palabra es un límite muy delgado con la

aparición de la agresión o lesión al otro como expresión de una prosocialidad restringida (Gómez, 2019abc). Crecer en la vida real y teniendo la calle cerca es dejar atrás la inocencia, y empezar a ver la realidad como es, lo que implica escuchar el mundo de fuera. Las posibilidades de elegir tienen que ver con el recorrido y la forma en que se resuelvan los problemas estando atentos a la realidad, tal como es el caso en el ambiente violento.

La calle y su cotidianidad violenta, en un principio, son un espacio físico que después se convierte en parte de la vida cotidiana; donde se pasa la mayor parte del tiempo, se aprende a tomar decisiones, lo cual implica enfrentar situaciones que obligan a estar alertas y tomar partido para sobrevivir al contexto violento. Los jóvenes expresan la necesidad de saber dominar las presiones del contexto en medio de las contradicciones, pues vivir en medio de la violencia hace desarrollar condiciones protectoras, que según los mismos jóvenes son poco eficientes, porque precisamente estos no quieren ser protegidos sino escuchados, aspecto opuesto a la necesidad de factores protectivos presentes en el cuidado y demostrados en otros estudios (Bobakova et al., 2015).

Igualmente, aunque en el tránsito de adecuación a la vida cotidiana de los jóvenes, se intensifica y se perfeccionan las prácticas cotidianas que pueden conllevar a la violencia, no se puede atribuir a tal criterio la existencia de la violencia en ciudad, lo que tiene que ver con una representación social construida y típica en estos casos (Van der Linden et al., 2011), aunque también, tal como muestra el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2015, 2018) una alta cantidad de las expresiones de violencia de las ciudades están relacionadas con los jóvenes.

Un problema central expresado en estos hallazgos y que ha sido tomado por otros autores esta relacionado con la vivencia de la presión de los pares, donde la calle es factor determinante en el acercamiento a las drogas y las prácticas riesgosas y violentas (Knafo et al., 2008), lo que no significa que ella sea también oportunidad para crear jóvenes con mayor competencia para enfrentar la vida cotidiana (Blum et al., 2003; Mantilla, 2002). El ambiente crea nexos, pero también enseña y amplía el margen de competencia para enfrentar la presión en la escuela, la rumba, el barrio, la banda y el combo (Foshee et al., 2011; Martínez-Torteya et al., 2009).

La crianza bajo patrones prohibitivos y no fortalecedores de las habilidades para tomar decisiones adecuadas crea jóvenes sumisos que tienen mayor riesgo de entrar en las cadenas de la violencia acompañados de procesos de consumo de psicoactivos y de participación en la delincuencia (Brookmeyer,

Fanti y Henrich, 2006; Gómez y Narváez, 2019). En la calle y en los escenarios de violencia y no violencia, las cosas dependen de cada quien, en procura de construir independencia y libertad juvenil, pues no siempre los adultos están y deben estar para proteger (Tardif et al., 2005), aspecto que la escuela se ha encargado de hacer creer que es así (Robert et al. 2005). En la vida cotidiana se deja de lado la inocencia para enfrentarse a ambientes profundamente hostiles, donde la elección es un asunto que hace parte de la estructura subjetiva de los jóvenes, pero que se vuelve objetiva en los comportamientos explícitos de la agresión al otro (Park et al., 2009).

El proyecto de vida de los jóvenes no se centra en modelos a seguir en los adultos, generalmente ellos recurren a la experiencia y experimentación para aprender que enfrentar directamente el riesgo y la vivencia en el contexto de violencia, se hace de forma directa y no por palabra de otros o enseñanza externa (Bobakova, et al., 2015; De Coster et al., 2006). Al respecto, es necesario tener en cuenta el aspecto de contexto que implica los encuentros de jóvenes que hicieron o hacen parte de grupos armados, lo que implica otra forma de contacto y comunicación (Buitrago y Valencia, 2013; Castro, 2001, 2005a, 2007; Gómez y Narváez, 2018; Sarria, 2015; Valencia, 2017).

Frente al *consumo de drogas y la representación asociada a la violencia*, se visualiza la lógica crítica al control social y de seguridad, frente a lo cual los jóvenes prefieren ser incógnitos porque pueden tender a la señalización, estigmatización, anulación e incluso la eliminación (Patel et al., 2007). Tras de ello siempre esta presente el prejuicio adulto e institucional como representación social (Van der Linden, et al, 2011); por ejemplo, en creer que, si está cerca de un consumidor significa necesariamente la realización de acciones de consumo o de violencia, lo cual va en contravía de los planteamientos de autoeficacia de Bandura (1997). Al respecto, tal como lo expresan en el caso de problemas del consumo y el castigo social, es preciso comprender frente a la drogadicción y comportamiento personal, que en una sociedad de hombres libres cada cual responde por sus actos, en tal sentido si un drogadicto comete un crimen, debe ser juzgado por ese crimen, y no por su condición de ser drogadicto, lo cual constituye, sin duda, una crítica al totalitarismo psiquiátrico (Bentall y Pilgrim, 1993; Szasz, 1989). Ello es coincidente con la sentencia n°. C-221/94 de la Corte Constitucional Colombiana. Aun así, esto se relaciona con lo que puede estar detrás del consumo, donde Restrepo (2002) y Restrepo y Espinel (1996) ya han planteado que lo que se torna sintomático en el consumo de psicoactivos no es la sustancia sino lo que a través de ella se expresa en la sensación de desarraigo, de analfabetismo afectivo, de vacíos en la construcción de identidad.

Así mismo, se ha propuesto por Derrida (1997) desde un análisis interpretativo respecto a la despenalización de la droga y la libertad de elección, que se es libre para elegir, pero solo para elegir lo bueno, y lo bueno, se lo dice el Estado, lo cual niega contradictoriamente la libertad de elección. Contrario a lo anterior, se sugiere que, no se puede en un Estado respetuoso de la dignidad humana, de la autonomía personal y el libre desarrollo de la personalidad, escamotear su obligación irrenunciable de educar y sustituir la represión como forma de controlar el consumo de sustancias que se juzgan como nocivas para la persona y, eventualmente, por la comunidad a la que necesariamente se haya integrada (Miller et al., 2006). Este aspecto se ha visto como parte de los estigmas culturales que bordean el límite del aniquilamiento según se ha planteado por Restrepo (1994) y Ahern et al., (2007).

5.3. El consumo como representación de violencia en jóvenes. Asunto crítico

Un primer y fundamental elemento, es la forma como los jóvenes expresan un reclamo a los sistemas de control que ven el consumo de drogas solo "desde su postura externa", para lo cual expresan críticamente como señalamiento negativo al control autoritario.

Las experiencias que viven los jóvenes y que socialmente no son aceptadas se constituyen en dificultad para poder ser auténticos en diversos escenarios (familia e institución escolar), lo que lleva a cumplir con criterios formales esperados por los adultos y sus representaciones de normas sociales, pero tienen una representación en el fondo opuesta a lo que se es, que se representa en la condición de ser incógnito para evitar ser parte de la señalización y juzgamiento, o la posible estigmatización. Esto hace que, en lo público, aparezca como una doble moral que combina la imagen esperada de un joven transparente con la realidad respecto de lo que este es como consumidor, razón por la cual termina siendo catalogado en un límite moral perjudicioso y que por tanto lo visualiza como vicioso y amenazante, tal como ha sido mostrado por Núñez (2004). Al respecto, se reconoce como los patrones de conducta esperados son alterados por la incidencia a una actividad específica, por ejemplo en el consumo de sustancias, que no solo rompe con las normas sociales y morales, sino que además se percibe que va en detrimento del buen desarrollo y bienestar del individuo, convirtiéndolo en proclive a la violencia, lo que se considera como estigma y riesgo para la aparición de un vicio en los jóvenes, de una conducta rechazable y por tanto señalada y perseguida, que finalmente no logra ser abordada en su integralidad con modelos restrictivos y normativos. (Weine et al., 2009).

En el contexto adulto e institucional existe una doble moral a partir de la cual y aún sin legitimidad, porque tienen vidas escondidas bajo el *caparazón* de la apariencia, juzgan las vidas y opciones de los jóvenes. Ejemplo de ello es el juicio contra el consumo de drogas. Al respecto, la investigación arroja que la situación de consumir drogas ilícitas no implica en términos éticos ser juzgado como personas no gratas, desconociendo la producción de cultura y social que hay detrás de las prácticas de consumo recreativo; la diferencia es parte de la diversidad y consumir Sustancias Psicoactivas (SPA); es también una opción.

En el contexto de los adultos se estigmatiza al joven consumidor de SPA, como alguien violento, pero ello obedece a que se desconoce la diversidad de las actuaciones juveniles en distintos campos; al respecto, más allá del afán de curarlos, los jóvenes reclaman ser vistos en su autenticidad y necesitan ser acompañados de forma auténtica, no como víctimas, riesgosos o en riesgo, sino como agentes de cultura.

El tener en cuenta a los jóvenes consumidores de SPA no es preguntarse por ellos representando sus comportamientos y requerimiento intervencionistas de tipo prohibitivo y moralizante, porque podría terminarse en un orden salvador, protector o señalador; se trata de escuchar y leer su diferencia, diversidad que se sustenta bajo el criterio de una sociedad que aporte al libre desarrollo de la personalidad.

De este modo, tal como lo evidencia el fenómeno de las drogas ilícitas y el consumo de las mismas, el límite de una cultura frente al consumir ya no puede mantenerse desde prácticas represivas; en este sentido también es difícil encontrar la manera de tener mayor laxitud frente a la mente abierta de las significaciones positivas de la vivencia del consumo recreativo en los jóvenes, como *sensibilidad* frente a la vida cotidiana y la calle (sentido de libertad); para los jóvenes ésta ofrece una concepción de libertad y de diversidad, donde las drogas ilícitas son más aceptadas (Núñez, 2004).

La condición de diferencia de quienes optan por una salida del consumo, como forma de ingreso a otra dimensión de sí mismos y de su identidad, tiene que ver con los contextos de violencias (especialmente en estudiantes de colegios públicos y de contextos muy violentos), donde las drogas son casi siempre cercanas a la violencia (Cáceres et al., 2006), lo cual contrasta en sentido opuesto a lo que los jóvenes consideran al respecto, en lo que se sienten son argumentos que señalan por el hecho del consumo (Restrepo, 2010). La forma de ver el consumo con ojos de estigma, tiene que ver con la concepción adulta del restringir la experimentación con las drogas, puesto que, de forma natural, inclusive, pueden ser lesivas socialmente (pandillismo y delincuencia

juvenil), lo cual choca con los órdenes de la institucionalidad familiar, escolar, laboral y socio-cultural. Ahora, el asunto central no lo constituye la presencia de las drogas como catalizador, sino cómo se resuelve el encuentro con ella respecto de los desempeños personales y capacidades de autocontrol.

El consumo de drogas es un atractivo para los jóvenes porque se presenta como la posibilidad de fugarse de la realidad (Núñez, 2004), donde los problemas y situaciones desencadenantes, relacionadas con la adaptación al contexto violento o no violento, e incluso al manejo de emociones y sentimientos, el mismo se convierte en una forma de relación con el otro..Ahora, visto el consumo de drogas como una expresión sensible que es parte de la subjetividad juvenil, es evidente un sentido de libertad enlazado al concepto de calle que ofrece una concepción en la droga mejor vista y aceptada y ello hace que se convierta en una salida (Ahern, et al., 2007), tal como lo es el alcohol para los adultos, donde la sociedad no lo reconoce como criterio cercano a la violencia y la tragedia, incluso en un nivel mayor que el causado por las otras drogas (Organización de Estados Americanos (OEA), 2015). Este aspecto es contrastado en estudios previos por Arboleda y Roux (1995) que muestran como el consumo es parte de los intercambios en la vida sexual y placentera. Aguirre (1996) expone que el consumo de droga exalta tanto la belleza y el placer erótico-sexual e incluso la violencia, con un trasfondo no claramente atemporal y profundamente asociado a la corporalidad (Perea, 2000).

Se ha planteado por Ardila et al. (1995), Cortés et al., (1995) cómo el consumo leído como "vicio" desde un contexto social, es para los jóvenes una forma de salir a otras realidades. Esto se relaciona con su efecto en el cuerpo y los sentidos, donde se plantea que la placidez artificial, el desapego a los compromisos obtenidos a voluntad constituyen un disfrute solitario en el cual se intenta congelar las urgencias de lo real (Muñoz, 1995), lo que se relaciona con los planteamientos de Braustein (1990) respecto al goce, donde el cuerpo constituye un asidero para el goce y fuera del discurso que rechaza el vínculo social, donde las culpas que median la acción de consumir sustancias psicoactivas, se van disolviendo (Rial et al., 2008). Ello permite visualizar la posición de la experiencia del consumo de drogas como un viaje organizado (Derrida, 1997) donde la experiencia con la droga es una relación con el otro y la apertura al mundo subjetivo, tanto como al placer, al riesgo y las prácticas violentas.

5.4. La pasividad y pereza como síntomas de cadenas de violencia

La idea generalizada de muchas madres y padres de darle a sus hijos lo ellos nunca tuvieron, ha construido individuos dependientes, que no toman

decisiones por sí mismos, con bajo nivel de tolerancia a la frustración y poca autonomía. Situación que puede transformarse mediante una nueva forma de percibir cómo deben ser adquiridos los derechos, lo cual tiene que ver con la formación a través del cumplimiento de tareas, el trabajo voluntario, formativo y altruista que promueva la responsabilidad consigo mismo y con los demás.

Al respecto existe controversia, pues algunas posturas consideran que los jóvenes son demasiado inexpertos para trabajar y los padres o madres sólo les ayudan con las mejores intenciones para que puedan centrarse en cuestiones más importantes como la educación y una vida social adecuada. Además, se debe considerar que estamos frente a una generación que ha crecido para ser dependiente de forma especial de sus madres puesto los padres, en un alto porcentaje están ausentes.

Si bien la sociedad actual induce a los jóvenes, a que un factor de éxito sea el liderazgo y el orgullo expresado en la autoridad del rol o el poder representado en el nivel o escala social, podría resultar delicado, especialmente cuando a diario se ven casos, en los cuales expresiones como la ya conocida el "usted no sabe quién soy yo", aflora. Se generan así situaciones en los que los argumentos de unos estilos de vida permiten la inculcación de una posición social por encima de lo que sea y de quien sea, lo cual es visto por los jóvenes como los sistemas de influencia sobre los cuales se mueve el mundo de hoy y donde es preciso moverse camuflando, incluso pasando por encima de los valores y la ética para orientar alguna tendencia de liderazgo esperado y a costa de lo que sea.

Esto se asocia en el contexto antioqueño donde el orgullo de una persona, a menudo se tergiversa con las cualidades de liderazgo, que se disfrazan en el potencial éxito para obtener lo que sea a costa de cualquier precio; un dicho muy arraigado entre los jóvenes de Medellín que se ha hecho popular en otras ciudades colombianas como Cali, reza: "pa' las que sea", lo cual indica que lo que se quiera se puede obtener a como dé lugar, no siempre relacionado con una actitud de responsabilidad y compromiso.

Frente a las actitudes pasivas, se presta tanta atención a los comportamientos agresivos, la violencia, la crueldad y la codicia con todos sus efectos trágicos, pero se dedica muy poca atención a las actitudes pasivas, como la apatía y la pereza de los jóvenes, que a largo plazo pueden tener un efecto más devastador y destructivo en la sociedad que las demás.

La pereza, es de hecho perjudicial en el largo plazo. La disculpa que muchos padres argumentan, de darle a sus hijos lo que ellos nunca tuvieron,

esta generando y construyendo sujetos dependientes y con anomia creativa al cumplimiento de roles sociales productivos. Las prácticas educativas de acuerdo con lo visto en los grupos focales coadyuvan a este proceso, pues conducen a la falta de independencia y de responsabilidad de los jóvenes en las aulas de clase, donde los referentes o modelos en muchos casos parten de familias con patrones de crianza no adecuados, cuyos padres paradójicamente son padres sobreprotectores o que centran la esperanza en aquellos jóvenes que, entre otras cosas no educaron de forma adecuada, bajo patrones de responsabilidad y compromiso.

En los jóvenes de estratos altos, según los grupos focales realizados, un factor importante a tener en cuenta es la presencia de empleadas domésticas y niñeras, las cuales generan excesiva dependencia de los jóvenes hacia ellas, por instrucción de los padres y por la propia iniciativa de cuidar y atender, de manera especial en la realización de las tareas escolares en casa; en los estratos más bajos son las madres quienes ayudan a realizar las tareas a sus hijos, y no *con* sus hijos, porque ellos manifiestan disgusto y poca valoración de la ciencia y la formación en general, en sus vidas. Muchas de las empleadas domésticas asumen roles similares a secretarías particulares de los niños y jóvenes y son contratadas para reemplazar a padres y madres cuando éstos trabajan, y si no trabajan y existe el poder adquisitivo, son compañías para que cumplan las expectativas de los menores.

Jóvenes y niños, especialmente de estratos altos, no aprenden a valerse por sí mismos y se acostumbran a ser perezosos, hasta en las mínimas acciones de la cotidianidad, como buscar un control remoto y traer una bebida, se vuelven acciones de quien este a su cuidado. No hay motivaciones ni reconocimientos simbólicos valorados por sus acciones, los padres ofrecen bienes y servicios materiales buscando escudar en ellos su ausencia, por lo tanto, los niños y jóvenes no tienen ningún incentivo para esforzarse y lograr lo que quieren, ya que todo les llega de manera fácil.

Lo que se intenta mostrar aquí, es que, si los padres dan a sus hijos de forma fácil lo que quieren, esto en el fondo sólo conducirá a más demandas que los ubican en contextos de violencia simbólica donde el respeto, el aprendizaje de la autodisciplina, la independencia y la responsabilidad se perciben como un asunto que se aprenderá más tarde, a lo largo de la vida.

Por otro lado, en los jóvenes de estratos medios y bajos los mejores incentivos son aquellos de fácil acceso y corto plazo que no son ofrecidos por sus familias, sino por otros agentes que inciden en la formación, como organizaciones delincuenciales, que les inspiran el acceso a privilegios con

poco esfuerzo, además de ofrecer seguridad en el orden material y simbólico, aunque no en el orden de desarrollo moral y ético.

Lo que se expresa de forma sucinta en los contenidos previos, es que la dependencia de los padres, la pereza y la ausencia de exigencia, no solo de los contextos familiares, sino también escolares, es sin duda parte de la explicación de la raíz y origen de las prácticas asociadas a la violencia, lo cual tiene que ver con la forma en la que la cultura esta creando una imagen de jóvenes que no requieren tantas exigencias por su condición de ser jóvenes, que apenas se están formando para el futuro y que no requieren tantos problemas en el presente.

En tal sentido, se da la idea de que cuando se crece en edad entonces vienen los retos reales, y este aspecto en general no discrimina entre clases sociales, lo que diferencia es quien tiene que ver como mediador: en los estratos altos las empleadas domésticas y profesores a domicilio suplen las responsabilidades adquiridas, y en los sectores más populares la esquina y el grupo de pares asignan responsabilidades y roles, de forma incluso más autoritaria que en la propia familia.

En cuanto a la forma de representar la pasividad y pereza como expresiones sintomáticas de cadenas de violencia, uno de los problemas centrales es el lugar de la autonomía, en cuanto no todo debe ser proporcionado por los padres en pro de enseñar a los jóvenes un sentido de responsabilidad y habilidad para el ejercicio de la independencia. Ello es contrario a lo que muestran datos europeos, en cuanto a que desde temprana edad se crea la infraestructura familiar que soporta la independencia lejos de los padres (Slavtcheva-Petkova, 2015).

Uno de los asuntos más controvertidos tiene que ver la condición implícita de éxito que debe acompañar las acciones de nuestros jóvenes, lo cual los convierte en una presa fácil de uso acrítico de sus competencias de mercado y el consumo sin sentido (Téramo, 2006). Al respecto, se ha visto como el consumo de patrones de mercado convierte a los jóvenes en un recipiente de pautas y prácticas violentas y de riesgo que se venden y compran como productos simbólicos (Hormigos y Cabello, 2004; Sihvonen, 2015). La actitud pasiva tiene el riesgo de ser usada, precisamente porque no tiene sentido de decisión (Becker, 2004), lo cual es visto de manera frecuente en las condiciones cambiantes de la comunicación y consumo en red que no discriminan nivel social y género (Prinsen et al., 2015). La dependencia económica y las prácticas pasivas son la fuente y raíz de muchas prácticas violentas en jóvenes (Serracant, 2015).

5.5. Reconocer o controvertir acciones frente a la violencia desde los jóvenes

El contexto de atención y política pública frente a la violencia ofrece condiciones que pueden favorecer las llamadas opciones formativas o de intervención para los jóvenes, pero realmente en el ámbito pedagógico y formativo es donde esta la posibilidad de poder expresar sus ideas como una condición que les hace sentir bien, y que redimensiona para ellos el criterio de autoridad y normatividad exageradas.

Resulta más fácil para los jóvenes convivir con modelos flexibles, abiertos y no basados en la prohibición, en tanto éstos provocan un sentido positivo de la estancia cotidiana porque permiten manifestar la inconformidad no disfrazada de comprensión, aspecto claramente presente en las tendencias orientadas a las nuevas ciudadanías emergentes (Niño et al. 2017).

Al respecto, se reconoce que, si bien en Medellín y Cali sí se ofrecen algunas posibilidades frente a la tendencia de ser ciudades menos violentas, en la mayoría de los casos no son del interés para los jóvenes, y terminan siendo poco usadas e incluidas y apropiadas en patrones de sus comportamientos para optar por una adecuada ciudadanía. El hecho de que existan opciones frente a la intervención en las violencias en la población juvenil, no quiere decir que ellas sean legítimas y que sean apropiadas en sus comportamientos cotidianos, porque ellas pueden estar lejos de lo que para ellos significa ser o no parte de un contexto de violencia o hacer parte de las prácticas violentas, y en tal sentido muchas acciones no violentas que típicamente pueden ser vistas como negativas o fuera de contexto para los adultos, se traducen en formas de resistencia a la violencia, tal como se muestra más adelante al referir una categoría puntual en el capítulo VI.

Lo controvertido, entre tanto, se entiende respecto a la existencia de la creación de programas que trabajen con y para enfrentar las violencias de los jóvenes, y que no garantizan que ellos sean reconocidos y apropiados por estos, sin que, por ello, no los consideren importantes y valiosos frente a su calidad de vida e incluso prospectiva de futuro; al respecto se han encontrado datos similares de prevención y promoción en salud en jóvenes por Núñez (2004). Por esto, el ambiente de Medellín y Cali, aun teniendo dentro de su estructura programas que trabajan con los jóvenes, no se logra visibilizar con claridad lo que significan respecto de formas adecuadas de enfrentamiento a las violencias y sus manifestaciones.

Las estrategias preventivas ven la realidad de la violencia y sus cadenas por fuera, y no es frecuente que sean parte activa del diseño de estrategias,

frente a lo cual los jóvenes tienen claro que convocar no necesariamente es participar y crear; ser informados o convocados al diseño de acciones de construcción de paz o no violencia, no necesariamente significa que sean creadores y partícipes activos (cercanía a su estima y autoconcepto, a su vida afectiva y emocional, a sus sueños y expectativas) como formas de encontrarse con ellos desde las diferentes acciones de paz y que no se queden en el papel en informes de gestión, que aparentemente muestran que las estrategias de trabajo son eficientes, cuando en realidad no son apropiadas por los jóvenes, y en muchos casos se perpetúan las llamadas cadenas de violencia.

Entre tanto, frente al reconocimiento y controversia de las acciones para enfrentar las violencias, si bien existen en el contexto formativo y tienen como interés ubicar a los grupos de jóvenes en prácticas de no violencias, estas son pensadas para ellos y no con ellos (Dusenbury et al., 2003; Horner et al., 2005). Lo cual contrasta con datos demostrados, donde la participación en acciones, contrario a la acción de los jóvenes en su diseño, es más eficiente y efectiva (McDonald, et al., 2013). Ello se asocia con la existencia de modelos flexibles que permitan la expresión de la inconformidad, el reclamo razonable y proactividad con el otro, condición reclamada con frecuencia en las expresiones de la subjetividad juvenil (Díaz, 2009). Claro esta, es motivo de discusión en cuanto a los límites necesarios en pro de generar en los jóvenes competencias de autorregulación para enfrentar de mejor forma los contextos de violencia reales o potenciales bajo la lógica de competencias protectoras (Sabina y Banyard, 2015).

El asunto es que, aunque la mayor parte de las acciones son vistas de forma negativa por los jóvenes, ellos logran adecuarse a las mismas, pero adecuarse no significa apropiárselas, tal es el caso de las expresiones de violencia claramente persistentes en poblaciones escolarizadas de bachillerato en colegios públicos.

La distancia de las acciones preventivas y promotoras, frente a su postura de éxito, tiene que ver con la falta de una lectura y acción frente a la violencia desde adentro, lo cual implica orientarse hacia el trabajo con factores de protección vinculantes de la vida emocional, moral y afectiva de los jóvenes en condiciones de violencia y conflicto (Acosta et al., 2011).

Dicen los mismos jóvenes que las acciones y campañas han olvidado las imágenes juveniles en las acciones que se orientan hacia ellos en la prevención de las violencias, lo cual es un factor determinante, y es que, frente a éstos, una imagen no dice más que las palabras, sino que es la última palabra (Perea, 2000). De ahí el poco valor de la formación reflexiva que perciben frente a los

actos de violencia y convivencia por cuanto la escuela se fundamentó en la transferencia de un conocimiento del *mundo adulto* al *mundo de los jóvenes*, aunque muchas veces no respondiera a las necesidades e intereses de éstos.

La posesión y carencia del saber se constituye en un elemento de dominación – subordinación que el desarrollo social ha legitimado (Ardila, et al., 1995), lo que tiene que ver con la percepción de una realidad actuada por los adultos pero poco fiable para los jóvenes (Toumbourou et al., 2007), en tanto la prohibición termina siendo recocida como un problema de doble moral por parte de los adultos y sus instituciones, pero paradójicamente los jóvenes creen que los adultos los deben proteger (Forber-Pratt, et al., 2014).

Entre tanto, el problema de relacionar la adultez y lo normativo, es que superpone la experiencia ya vivida por los adultos de la que apenas empieza en los jóvenes, razón por la cual las versiones preventivas de las violencias como criterio y modelo válido socialmente es fabricada más por los adultos (Deutsch et al., 2012). En este sentido, se tiende a legitimar lo que está bien y está mal. Esto controvierete en cuanto a que, para lo juvenil no es aprendizaje lo que se ve en otros, más si lo es lo que se experimenta por sí mismo (Tardif, et al., 2005). Los adultos sí son modelo, pero no del todo legítimo para los jóvenes y menos en el caso de la violencia y prácticas riesgosas, tal como el consumo de drogas y alcohol (Ahern, et al., 2007; Núñez, 2004).

Lo anterior se confronta con las diferencias de lo joven con lo adulto, donde se evidencia la marcada distancia que los separa entre época y actitud (Hickman, Jaycox, y Aronoff, 2004). Se plantea que los jóvenes perciben múltiples aspectos que contribuyen a esta distancia (Mejía et al., 2000). El tiempo y el espacio de la adultez, representan una actitud controlada frente a la vida, en la que se demarca y representa lo viejo y tradicional, donde la espontaneidad se pierde y los gustos se restringen (García et al., 1995). Aun así, estudios recientes muestran como la participación de los padres en la resolución conflictiva se asocian con la reducción de problemas de internalización entre jóvenes que son víctimas o requieren apoyo (Morin et al.).

En relación con lo anterior, se ha planteado (Ardila, et al., 1995) cómo los adolescentes viven inconformes con la vida que llevan y quieren el placer ya (Lepianka, 2015), entre tanto, para los adultos es la obligación antes que el querer y desear. Los jóvenes, aunque tratan de evadir el cerco adulto, también reconocen que tener responsabilidades es duro, pero asumirlo es cosa de adultos, aspecto relacionado con el concepto de moratoria social previo al ingreso al mundo adulto planteado por Ruiz y Villa (2000) como un rechazo al asumir las responsabilidades adultas (Jonkman, 2006), asumiendo formas

de comunicación que pretenden neutralizar la autoridad y evitarla como una auténtica condición de vínculo legítimo (Moritz et al., 1995), cosa que mantiene la misma tendencia de ruptura adulto-joven (Bradford et al., 2008).

Ello representa y expresa una resistencia juvenil a los paradigmas de los hombres adultos y sus vidas confortables y pseudo saludables (Sihvonen, 2015), lo que prácticamente ubica lo juvenil como un tránsito pasajero y fugaz frente a las responsabilidades del entorno, en el que incluso dice Martin-Barbero (2004), se controvierde la identidad de lo joven, que finalmente es aprovechada por el mercado y la publicidad como lectores proactivos que saben rentabilizar la condición de eterno presente de realidad juvenil respecto de la lógica adulta (Barrios, 2013; Sihvonen, 2015; Forber-Pratt, et al., 2014; Núñez, 2002).

En esta perspectiva, Dulanto (2000) explica cómo la inseguridad, angustia, inestabilidad, pasión y la gran capacidad de vincularse y desvincularse como actitudes características de los jóvenes, propicia la aparición del afán de búsqueda de encontrar nuevos estilos y significados de socialización, entre los cuales está las prácticas violentas como un afán libertario (Parra, 1995) que propone el control y la restricción como falaces (Cuzzocrea y Collins, 2015; France y Haddon, 2014).

La socialización juvenil se estructura y reorganiza teniendo como referente los medios de comunicación constituidos como un nuevo escenario en el que el imaginario cultural y social se reacomoda y se instituye de acuerdo con los cambios de la época, convirtiendo a los consumidores de imágenes en protagonistas de procesos de socialización globales (Perez y Mejía, 1997), y de este modo influyen fuertemente sobre la vida de los jóvenes al sentirse atraídos por tal persuasión que enaltece su subjetividad (Forber-Pratt et al., 2014; France, et al., 2014), y logran movilizarlos hacia intereses comunes en el grupo de pares (Kosciw et al., 2009; Nuñez, 2002).

En este aspecto, el lugar de la familia como apoyo, se ve como raíz y seguridad estructural, pero la calle y los procesos relacionados con ella son para los jóvenes dislocación y autonomía, fuga y libertad (Perea, 2000), lo que permite entender las razones por las cuales el riesgo y la violencia moviliza más la conducta de los jóvenes (MacDonald et al., 2005); aspecto que termina chocando con la lógica adulta (Aisenberg y Herrenkohl, 2008; Alzate et al., 1995; Gorman-Smith et al., 1998).

Ante el choque adulto, la autenticidad de lo juvenil termina disfrazada, al mostrar una condición incógnita para enfrentar la permanente sospecha adulta (Patel et al., 2007; Acevedo et al., 2012), y poder así ser en un espacio y escenario natural que no sea lo protectivo (Choi et al., 2008) y permita ser

lo que se quiere en lo joven (Bradford et al., 2008), lo cual genera el efecto contrario del control esperado de los adultos como forma de mantener un estatus de autoridad legítima y protección frente al riesgo de la violencia y las drogas (Van der Linden et al., 2011).

Ante la postura de rompimiento con lo adulto emerge la compañía del par (el otro) como el representante de complicidad frente a las prácticas violentas y riesgosas (Caprara et al., 2002; Gómez y Narváez, 2019). Ya Álzate y Gafaro (1995) han explicado cómo el encuentro con los pares se da en dos vías, por un lado, a raíz de la necesidad que tiene el joven de ampliar sus campos de relación; y por otro, en relación con la diferenciación de los miembros de la familia (Bradford et al., 2008).

En la vida joven la complicidad produce vínculos afectivos que se construyen a partir de la afinidad y sostenidas por lazos simbólicos entendidos en el vínculo grupal que proporciona al joven seguridad, reconocimiento social y afectivo y un medio de acción que se constituye en espacio vital e imaginario por fuera del dominio adulto (Lugo, 2003; Núñez, 2004; Noreña, 2013) y que desde la perspectiva de Merrilees et al., (2014) implica la relación entre emocionalidad y seguridad en los jóvenes respecto de los grupos de pertenencia.

Silva (2013) en este proceso de encuentro con el otro individual y colectivo, plantea que la identidad, la mismidad, el yo o el autoconcepto se desarrollan en la medida en que el sujeto cambia, se integra en el grupo al que pertenece y asimila los valores del mismo. En esta pauta de comportamiento que van desde la amistad, la confianza hasta la agresión (Malti et al., 2015) emergen formas de expresarse, de actuar y de vivir. Margulisy Urresti (1998) han planteado que las imágenes constituyen ícono de identificación para los jóvenes, ellas se soportan en el encuentro con el otro y sus imaginarios de convivencia construidos en el tránsito de sus permanentes modificaciones a partir del intercambio y la amistad como factor protectorio (Malti et al., 2015).

La diferencia con lo adulto como una tendencia de radicalización es vista por Parra (1995), como la consolidación gradual de una cultura de la adolescencia en el país, la misma que ha subsistido al tradicional conflicto de generaciones como rebelión juvenil, protesta y cuestionamiento de los valores caducos y añejos, hacia una escisión radical que lleva a los jóvenes a ignorar completamente la tradición en una coexistencia de mundos superpuestos con los adultos (Núñez, 2004).

Ya Perea (2000) en su abordaje sobre la distancia del mundo canónico hacia el pensamiento singular, visualiza una anarquía en el mundo joven

como un debate entre la relación inequitativa de individuo y comunidad y entre lo público y lo privado, inclusive considerar la opción de atreverse a pasar sobre la autoridad representada en el adulto y salir adelante en ello (Álvarez y Reyes, 2013; Cortés, et al., 1995). Ahora, es importante a nivel psicológico, especificar que este aspecto es visto como una condición de psicopatía e impulsividad frecuentemente presente en victimarios jóvenes (Fanti y Kimonis, 2013), pero ello no debe entenderse bajo una condición de estigmatización (Heflinger y Hinshaw, 2010).

La condición de diferencia entre los adultos y jóvenes tiene en medio un juego simbólico de lenguaje, el cual paulatinamente ha convertido la diferencia en un escenario de conflicto.

Parodi, (1995). Bajo una lógica cultural es necesario ver el conflicto como consustancial frente a la aparición de la diferencia, en términos de una guerra del lenguaje que parece darse en la medida en que la sociedad y su dinámica va transformando la diferencia en conflicto (Arboleda, 2001). El encuentro entre la cultura de los jóvenes y la juventud como cultura, visualiza la primera como el surgimiento espontáneo, en el seno de grupos juveniles con un estilo de vida original, en el que las vivencias significan cosas más intensas asociadas al riesgo y las prácticas violentas (Bastidas y Rodríguez, 2010). La segunda, es el modo como la representación, generalmente adulta, globaliza figuras y temas inspirados en la cultura juvenil o en formas derivadas de ella, según algunos autores esto convierte a los jóvenes en estereotipos dominantes y a veces hegemónicos (Margulis y Urresti 1998; Weine et al., 2009).

En su diversidad, los jóvenes han construido una nueva significación social en contra de lo rígido, y por tanto ello pierde legitimidad (Margullis y Urresti, 1998). Frente a esto, se dice que los jóvenes adquieren una nueva significación social, son baluartes para la construcción de nuevos sentidos de la subjetividad, son símbolos de libertad frente a los poderes, signos visibles de irreverencia, y de la creatividad (Bruni-Celli y Plaza-Angeli, 2011; Brito, 1998). El mundo juvenil es la expresión de una condición posmoderna en la que la primacía de lo individual emerge casi como forma de control al orden social pensado e instaurado por los adultos (Núñez, 2002). Así, las búsquedas del placer amarran los consumos generalizados de ideas libertarias que radicalmente definen subjetividades propias y revolucionan el presente sin un interés claro de consecuencias de futuro, aspecto típicamente observado en los comportamientos violentos (Castro, 2005b). Este aspecto ha sido discutido al considerarse que los jóvenes al proponer rompimientos radicales han generado un efecto contrario al reclamado en sus oportunidades escolares y laborales (France et al., 2014; Slavtcheva-Petkova, 2015).

Consideraciones finales

Una razón fundamental de las acciones frente al fenómeno de las violencias, es precisamente la autenticidad que las mismas tienen en versión de ser reconocidas por los jóvenes como actores de experiencia, de tal manera que les movilice al cambio y la transformación hacia prácticas pacíficas o proactivas socialmente. Llama la atención la estructura de desconfianza desde la cual se viene creando el vínculo de lo juvenil con la institucionalidad familiar, escolar y legal; asunto que no es menor por cuanto se considera, es partir de estas que se forjan sistemas sociales más estructurados y resistentes a las crisis de la sociedad.

Parece verse en la alusión de las experiencias de los jóvenes en distintos niveles y características que la preocupación por las prácticas sintomáticas de éstos por parte de los adultos, tal como el consumo, algunos patrones de comportamientos antisociales, etc., reemplazan la necesaria lectura estructural respecto a lo que sucede con los vínculos en la expresión diversa que debe coexistir entre jóvenes y adultos y jóvenes e institucionalidad. Parece ser que la expresión de problemas reales y visibles en lo social y cultural (violencia, drogas, microtráfico, bandas criminales, deserción escolar, etc.) constituyen un nodo sintomático, que no es el que hay que resolver inicialmente; por tanto, puede ser necesario que la opción primordial e inicial es refundar el carácter de confianza en las estructuras vinculantes con el otro (intersubjetividad) y con lo otro (intercontextualidad). Bajo esta premisa se sustentan los aspectos de la presente obra a nivel de la prosocialidad y perfiles de jóvenes en contextos de vulnerabilidad, y las competencias psicosociales expresadas en habilidades para vivir, ya expuestas previamente.

Finalmente, más allá de las caracterizaciones o percepciones existentes frente al lugar y las prácticas de los jóvenes, también es necesario adentrarse en las formas particulares a partir de las cuales se expresan las corporalidades respecto de formas, representaciones y estrategias de resistencias a la violencia como un carácter tan simbólico como psicológico, razón por la cual a continuación se desarrolla un capítulo que pone en sintonía la corporeidad frente a la acción de resistencia a las violencias.

Referencias

- Acevedo A., y Samacá, G. (2012). Juventud y protesta global hoy: por un análisis retrospectivo. *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 10(1), 15-25.
<https://www.redalyc.org/pdf/1053/105324310002.pdf>

- Acosta, L., Fernández, A.R. y Pillon, S. (2011). Factores sociales para el uso de alcohol en adolescentes y jóvenes. *Revista Latinoamericana de Enfermería*, 19(spe), 771-781. <https://doi.org/10.1590/S0104-11692011000700015>
- Aguirre, A. (1996). *Psicología de la Adolescencia*. México: Alfaomega.
- Ahern, J., Stuber, J. y Galea, S. (2007). Stigma, discrimination and the health of illicit drug users. *Drug and alcohol dependence*, 88(2), 188-196. <https://doi.org/10.1016/j.drugalcdep.2006.10.014>
- Aisenberg, E. y Herrenkohl, T. (2008). Community violence in context risk and resilience in children and families. *Journal of interpersonal violence*, 23(3), 296-315. <https://doi.org/10.1177/0886260507312287>
- Álvarez, E. y Reyes, L. (2013). *La escuela sitiada: Violencia urbana y derecho a la educación (Colombia, Chile y México)*. Piso Diez Ediciones
- Alzate, G., y Gafaro, M. (1995). El joven: un actor del mundo social. En R. Parra, A Roux. Fundación para la Educación Superior. *Proyecto Atlántida: estudio sobre el adolescente escolar en Colombia. Todo lo que nos gusta se evapora*. Tomo II. Cali: Ed. Tercer Mundo.
- Arboleda, M. (2001). Entre identidades y marginalidades. En J Martín-Barbero. *Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Corporación Región. Medellín.
- Arboleda, M., C., y Roux, A. (1995). La cultura del alcohol. En: R. Parra, A. Roux, *Proyecto Atlantida: estudio sobre el adolescente escolar en Colombia, Todo lo que nos gusta se evapora*. Tomo II (págs. 423 – 448). Fundación FES, Colciencias, TM Editores.
- Ardila, A., Cely, A., Garavito, Z., Gonzáles, C., Marín, M., Moreno, M.V., Perlaza, S., Pinzón, S. y Suarez, C. (1995). Todo lo que nos gusta se evapora. En R Parra, A Roux. *Proyecto Atlántida: estudio sobre el adolescente escolar en Colombia*. Tomo II. Cali: Fundación FES
- Bandura, A. (1997). *Pensamiento y Acción. Fundamentos sociales*. Barcelona: Martínez Roca.
- Barrios, R.A. (2013). Los jóvenes y la red; usos y consumos de los nuevos medios en la sociedad de la información y la comunicación. *Signo y Pensamiento*, 28(54), 265-275. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86011409017>
- Bastidas, W. y Rodríguez, A. I. (2010). Víctimas en Medellín. *El Ágora*, 10(2), 367-397. <https://www.redalyc.org/pdf/4077/407748993005.pdf>
- Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*. Barcelona.
- Becker, A.E. (2004). Television, disordered eating, and young women in Fiji: Negotiating body image and identity during rapid social change. *Culture, Medicine and Psychiatry*, 28(4), 533-559. <https://doi.org/10.1007/s11013-004-1067-5>

- Bentall, R. P. y Pilgrim, D. (1993). Thomas Szasz, crazy talk and the myth of mental illness. *British Journal of Medical Psychology*, 66: 69–76. <https://doi.org/10.1111/j.2044-8341.1993.tb01727.x>
- Blum, R. W., Halcón, L., Beuhring, T., Pate, E., Campell-Forrester, S. y Venema, A. (2003). Adolescent health in the Caribbean: risk and protective factors. *American Journal of Public Health*, 93(3), 456–460. <https://doi.org/10.2105/AJPH.93.3.456>
- Bobakova, D., Geckova, A. M., Klein, D., van Dijk, J. P. and Reijneveld, S. A. (2015). Fighting, Truancy and Low Academic Achievement in Youth Subcultures. *Young*, 23(4), 357–372. <https://doi.org/10.1177/1103308815596905>
- Bradford, K., Vaughn, L. B. and Barber, B. K. (2008). When there is conflict interparental conflict, parent–child conflict, and youth problem behaviors. *Journal of Family Issues*, 29(6), 780–805. <https://doi.org/10.1177/0192513X07308043>
- Braustein, N. (1990). *El Goce*. México: Siglo XXI editores.
- Brito, L. R. (1998). Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud. *Última década*, 9, 1–7. <https://www.redalyc.org/pdf/195/19500909.pdf>
- Brookmeyer, K. A., Fanti, K. A. y Henrich, C. C. (2006). Schools, parents, and youth violence: A multilevel, ecological analysis. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 35(4), 504–514. https://doi.org/10.1207/s15374424jccp3504_2
- Bruni-Celli J. y Plaza-Angeli, M. (2011). Medellín del terror a la convivencia. *Debates IESA*, 16(3), 31–36. <http://virtual.iesa.edu.ve/servicios/wordpress/wp-content/uploads/2013/09/bruni.pdf>
- Buitrago, B. O., G. D. (2013). The peace process with the FARC and rural issues in Antioquia. *Perfil de Coyuntura Económica*, 22, 113–140. http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S1657-42142013000200006&script=sci_arttext&tlng=pt
- Cáceres, D., Salazar, I., Varela, M., y Tovar, J. (2006). Consumo de drogas en jóvenes universitarios y su relación de riesgo y protección con los factores psicosociales. *Universitas Psychologica*, 5(3), 521–534. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revPsycho/article/view/458>
- Caprara, G. V., Regalia, C. y Bandura, A. (2002). Longitudinal impact of perceived self-regulatory efficacy on violent conduct. *European Psychologist*, 7(1), 63–69. Doi: 10.1027//1016-9040.7.1.63
- Castro, M. C. (2001). *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*. Bogotá: Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Castro, M. C. (2005a). *La salida de la guerra: una apuesta subjetiva*. En *Desmovilización, un camino hacia la paz*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá

- Castro, M. C. (2005b). *Transgresión, goce y profanación. Contribuciones desde el psicoanálisis al estudio de la violencia y la guerra*. Bogotá, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Castro, M. C. (2007). *El asunto de la guerra cuando se trata de los más jóvenes*. En *Cátedra Manuel Ancizar. Derechos de los niños y las niñas. Debates, realidades y perspectivas*. Bogotá: Observatorio sobre Infancia, Centro de Estudios Sociales (CES), Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia
- Choi, Y., He, M., and Harachi, T. W. (2008). Intergenerational cultural dissonance, parent-child conflict and bonding, and youth problem behaviors among Vietnamese and Cambodian immigrant families. *Journal of youth and adolescence*, 37(1), 85-96. <https://doi.org/10.1007/s10964-007-9217-z>
- Cortés, C. L., Cáceres, P. S., Rodríguez, C., Santamaría, Y. y Vanegas, E. (1995). La casa de los amigos. En: R Parra., A Roux. *Proyecto Atlantida: estudio sobre el adolescente escolar en Colombia*. Tomo II. Cali:
- Cuzzocrea, V. y Collins, R. (2015). Collaborative Individualization? Peer-to-peer Action in Youth Transitions. *Young*, 23(2), 136-153. <https://doi.org/10.1177/1103308815569390>
- Derrida, J. (1997). Retóricas de la droga. Afición, pasión, adicción. *Revista Colombiana de Psicología*, 4, 33-44.
- De Coster, S., Heimer, K. y Wittrock, S.M. (2006). Neighborhood disadvantage, social capital, street context, and youth violence. *The Sociological Quarterly*, 47(4), 723-753. <https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.2006.00064.x>
- Deutsch, N. L., Wiggins, A. Y., Henneberger, A. K. y Lawrence, E. C. (2012). Combining mentoring with structured group activities: A potential after-school context for fostering relationships between girls and mentors. *The Journal of Early Adolescence*, 33(1), 44-76. <https://doi.org/10.1177/0272431612458037>
- Díaz, G., A. (2009). La producción de conocimientos sobre subjetividad política desde los jóvenes: aportes conceptuales y metodológicos [Entrevista a Sara Victoria Maldonado]. *Cuadernos del CENDES*, 26(70), 127-140. <https://biblat.unam.mx/pt/revista/cuadernos-del-cendes/articulo/la-produccion-de-conocimientos-sobre-subjetividad-politica-desde-los-jovenes-aportes-conceptuales-y-metodologicos-entrevista-a-sara-victoria-maldonado>
- Dulanto, E. (2000). *El adolescente*. México: McGraw – Hill.
- Dusenbury, L., Brannigan, R., Falco, M. y Hansen, W.B. (2003). A review of research on fidelity of implementation: implications for drug abuse prevention in school settings. *Health education research*, 18(2), 237-256. <https://doi.org/10.1093/her/18.2.237>
- Fanti, K. A. y Kimonis, E. R. (2013). Dimensions of juvenile psychopathy distinguish "bullies", bully-victims," and "victims". *Psychology of violence*, 3(4), 396-409. <https://doi.org/10.1037/a0033951>

- Forber-Pratt, A.J., Aragon, S.R. y Espelage, D. L. (2014). The influence of gang presence on victimization in one middle school environment. *Psychology of violence*, 4(1), 8-20. <https://doi.org/10.1037/a0031835>
- Foshee, V. A., Reyes, H. L., Ennett, S. T., Suchindran, C., Mathias, J. P., Karriker-Jaffe, K. J., Bauman, K y Benefield, T. S. (2011). Risk and protective factors distinguishing profiles of adolescent peer and dating violence perpetration. *Journal of Adolescent Health*, 48(4), 344-350. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2010.07.030>
- France, A. and Haddon, E. (2014). Exploring the Epistemological Fallacy Subjectivity and Class in the Lives of Young People. *Young*, 22(4), 305-321. <https://doi.org/10.1177/1103308814548108>
- García, L., Gómez, G. y Salazar, A. (1995). *Medallo en el corazón. En: E Castañeda, et al. Proyecto Atlántida: estudio sobre el adolescente escolar en Colombia*. Tomo III. La ciudad nos habita. Cali: Fundación FES. <http://nomadas.ucentral.edu.co/index.php/inicio/45-jovenes-cultura-y-sociedad-nomadas-4/702-atlantida-aproximacion-al-adolescente-escolar-colombiano>
- Gómez, A., Arenas, L. y Toro, F. D. (2018). Rasgos de personalidad de un grupo de video jugadores en la ciudad de Manizales. *Tempus Psicológico*, 1(1), 107-125. <http://revistasum.umanizales.edu.co/ojs/index.php/tempuspsi/article/view/2067>
- Gómez, A. S. y Narváez, N. (2018). Prosocialidad en niños, niñas y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales. Retos y reflexiones para la investigación social. *Diversitas. Perspectivas en Psicología*, 14(2), 263-278. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/diversitas/article/view/4949>
- Gómez, A. S. (2018). De la cosmología Peirceana a la evolución social. Reflexiones sobre el agapismo y los hábitos sociales en sentido evolutivo. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 39 (118), 37-58. <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/4100/4573>
- Gómez, A. S y Narváez, M. (2019). Mecanismos de desconexión moral y su relación con la empatía y la prosocialidad en adolescentes que han tenido experiencias delictivas. *Revista de Psicología*, 37(2), 603-641. <https://doi.org/10.18800/psico.201902.010>
- Gómez, A. S. (2019a). Prosocialidad. Estado actual de la investigación en Colombia. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 10(1), 188-218. <https://doi.org/10.21501/22161201.3065>
- Gómez, A. S. (2019b). Potenciales prosociales en niños, niñas y adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales en Colombia. *Quaderns de Psicologia*, 21(2), <https://doi.org/10.5565/rev/psicologia.1483>
- Gómez, A. S. (2019c). Conductas prosociales y su relación con la empatía y la autoeficacia para la regulación emocional en adolescentes desvinculados de grupos armados ilegales. *Revista Criminalidad*, 61(3), 221-246. <https://www.policia.gov.co/file/223753/download?token=JEAFxABX>

- Gonzales, O. F. (2017). Ciudadanías en tiempos violentos; la declinación de las reglas sociales y la emergencia de nuevos procesos cognitivos. En MJ Niño, P Valencia y G Ruiz (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 19-46). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Gorman-Smith, D., Tolan, P. H., Loeber, R. y Henry, D. B. (1998). Relation of family problems to patterns of delinquent involvement among urban youth. *Journal of abnormal child psychology*, 26(5), 319-333.
<https://link.springer.com/article/10.1023/A:1021995621302>
- Heflinger, C.A. y Hinshaw, S.P. (2010). Stigma in child and adolescent mental health services research: understanding professional and institutional stigmatization of youth with mental health problems and their families. *Administration and Policy in Mental Health and Mental Health Services Research*, 37(1-2), 61-70.
<https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/20232133/>
- Hickman, L. J., Jaycox, L. H. y Aronoff, J. (2004). Dating violence among adolescents prevalence, gender distribution, and prevention program effectiveness. *Trauma, Violence y Abuse*, 5(2), 123-142. <https://doi.org/10.1177/1524838003262332>
- Hilker, L. M. & Fraser, E. (2009). *Youth exclusion, violence, conflict and fragile states*. Report prepared for DFID by Social Development Direct. London, England:<http://www.dmeforpeace.org/peaceexchange/wp-content/uploads/2015/12/youth-exclusion-violence-conflict-and-fragile-states.pdf>
- Horner, R. H., Sugai, G., Todd, A. W. y Lewis-Palmer, T. (2005). School-wide positive behavior support. *Individualized supports for students with problem behaviors. Designing positive behavior plans*, pp. 359-390. <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.467.6159&rep=rep1&type=pdf>
- Hormigos, J. y Cabello, A. (2004). La construcción de la identidad juvenil a través de la música. *Revista española de sociología*, 4, 259-270.
<https://recyt.fecyt.es/index.php/res/article/view/64973>
- Jiménez, D. A. (2017). Violencia, escuela y educación en derechos humanos: contexto latinoamericano para la producción de ciudadanía. En MJ Niño, P Valencia y G Ruiz. (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 145-160). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Jonkman, L. M. (2006). The development of preparation, conflict monitoring and inhibition from early childhood to young adulthood; a Go/Nogo ERP study. *Brain research*, 1097(1), 181-193. <https://doi.org/10.1016/j.brainres.2006.04.064>
- Knafo, A., D. E. and Khoury-Kassabri, M. (2008). Values as protective factors against violent behavior in Jewish and Arab high schools in Israel. *Child development*, 79(3), 652-667. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2008.01149.x>
- Kosciw, J. G., Greytak, E. A. y Diaz, E. M. (2009). Who, what, where, when, and why: Demographic and ecological factors contributing to hostile school climate for lesbian,

- gay, bisexual, and transgender youth. *Journal of Youth and Adolescence*, 38(7), 976-988. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/19636740/>
- Lepianka, D. (2015). The Representation of Youth in the Dutch News Media. *Young*, 23(4), 277-292. <https://doi.org/10.1177/1103308815596881>
- Lugo, A. V. (2003). *Ser joven es: investigación sobre el significado que tiene ser joven para los jóvenes de la comuna 2 y 5 de la ciudad de Manizales*. Manizales: Universidad de Manizales, Facultad de Psicología, Proyecto Juventud Manizales 2000.
- McDonald, R. y Merrick, M. T. (2013). "Above all things, be glad and young": Advancing research on violence in adolescence. *Psychology of violence*, 3(4), 289-296. Doi: 10.1037/a0034275
- MacDonald, J. M., Piquero, A.R., Valois, R. F. y Zullig, K. J. (2005). The relationship between life satisfaction, risk-taking behaviors, and youth violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 20(11), 1495-1518. <https://doi.org/10.1177/0886260505278718>
- Malti, T., McDonald, K., Rubin, K. H., Rose-Krasnor, L. and Booth-LaForce, C. (2015). Developmental trajectories of peer-reported aggressive behavior: The role of friendship understanding, friendship quality, and friends' aggressive behavior. *Psychology of Violence*, 5(4), 402-410. <https://doi.org/10.1037/a0039685>
- Mantilla, C. L. (2002). Habilidades para vivir: una propuesta educativa para la promoción del desarrollo humano y la prevención problemas psicosociales. En *Memorial Diplomado Dinámicas y significados de la realidad juvenil*. Manizales: Grupo interinstitucional de Programas para Adolescentes GIPA. Secretaría de Salud de Maizales.
- Margullis, M. y Urresti, M. (1998) La construcción social de la juventud. En JM Barbero., M Urresti, CMPeréa., M Marguiles y J Valenzuela. *Culturas Juveniles: Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 45 - 67). Bogotá: Siglo del hombre editores.
- Martin-Barbero J. (2004). Crisis identitarias y transformaciones de la subjetividad. En M Laverde, G Daza y M Zuleta. *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*, Bogotá: Universidad Central, DIUC, Siglmo del Hombre Editores
- Martinez-Torteya, C., Anne Bogat, G., Von Eye, A. y Levendosky, A. A. (2009). Resilience among children exposed to domestic violence: The role of risk and protective factors. *Child development*, 80(2), 562-577. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2009.01279.x>
- Mejía M. I., Madera, J., Bernal, P. y Cortes, D. M. (2000). *Dinámicas, ritmos y significados de la sexualidad juvenil*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Merrilees, C. E., Taylor, L. K., Goeke-Morey, M. C., Shirlow, P. y Cummings, E. M. (2014). Youth in contexts of political violence: A developmental approach to the study of youth identity and emotional security in their communities. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 20(1), 26-38. <https://doi.org/10.1037/a0035581>
- Miller, C. L., Strathdee, S. A., Kerr, T., Li, K. y Wood, E. (2006). Factors associated with early adolescent initiation into injection drug use: implications for intervention

- programs. *Journal of Adolescent Health*, 38(4), 462-464. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2005.03.004>
- Morin, H. K., Bradshaw, C. P. y Berg, J.K. (2015). Examining the link between peer victimization and adjustment problems in adolescents: The role of connectedness and parent engagement. *Psychology of Violence*, 5(4), 422-432. <https://doi.org/10.1037/a0039798>
- Moritz, P., Peña, C. y Polanía, A. (1995). Adolescencia: juego de palabras. En E Castañeda. *La ciudad nos habita*. Tomo III Proyecto Atlántida: estudio sobre el adolescente escolar en Colombia (págs. 141 – 226) . Cali: Fundación FES.
- Muñoz, L A. (1995). La pasión de vivir muriendo. *Revista Colombiana de Psicología*, (4), 83-88. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4895276>
- Niño, M. J., Valencia. L. P. y Ruiz, R. G. (Coords.) (2017). *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina*. Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Noreña, C. C. (2013). *Reflexiones en torno de las narraciones de los jóvenes en situación de calle del barrio Estación Villa de Medellín desde procesos de concienciación* [tesis maestría]. Medellín: Universidad de San Buenaventura.
- Núñez, C. (2002). La interacción simbólica y la salud en jóvenes. En: C Núñez, M Ramírez, L Jurado, P Gíl y J Restrepo. (Compiladores). *Promoción de la salud: experiencias universitarias* (pp. 71–79). Manizales: Alcaldía de Manizales, Grupo Interinstitucional de Programas para Adolescentes, Universidad de Manizales, Universidad de Caldas.
- Núñez, C (2004). *Jóvenes universitarios y salud: Vivir la universidad*. [Tesis de Maestría en Educación. Docencia]. Manizales: Universidad de Manizales. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.26609.38246>
- Organización de Estados Americanos (OEA) (2015), *Informe del uso de drogas en las Américas*, 2015. Washintong: Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas.
- Park, N., Kee, K. F. y Valenzuela, S. (2009). Being immersed in social networking environment: Facebook groups, uses and gratifications, and social outcomes. *CyberPsychology & Behavior*, 12(6), 729-733. <https://doi.org/10.1089/cpb.2009.0003>
- Parodi, Z. M. (1995). Ser o parecer: crecer en la incertidumbre. En F Cajiao, R Parra y E Castañeda. *La cultura fracturada. Proyecto Atlántida: estudios sobre el adolescente escolar en Colombia* (pp. 325 – 387). Cali: Fundación FES.
- Parra, S. R. (1995). El tiempo mestizo: Escuela y modernidad en Colombia. En Parra y Cajiao. *Proyecto Atlántida Estudios sobre el adolescente escolar en Colombia* (pp. 235-189). Cali: TM Editores.
- Patel, V., Flisher, A. J., Hetrick, S. y McGorry, P. (2007). Mental health of young people: a global public-health challenge. *The Lancet*, 369(9569), 1302-1313. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(07\)60368-7](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(07)60368-7)

- Perea, R.C. (2000). La sola vida te enseña: Subjetividad y autonomía dependiente. En: J Martín-Barbero. *Umbrales: Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud* (pp. 71-116). Medellín: Corporación Región. <https://www.region.org.co/index.php/enterate/item/109-umbrales-cambios-culturales-desafios-nacionales-y-juventud-2000>
- Perez, D. y Mejía, M. (1997). Parques, parches, galladas y escuela. Bogotá: Cinep
- Prinsen, F., de Haan, M., and Leander, K. M. (2015). Networked Identity How Immigrant Youth Employ Online Identity Resources. *Young*, 23(1), 19-38. <https://doi.org/10.1177/1103308814557396>
- República de Colombia. Corte Constitucional. Sentencia No C – 221/94.
- Restrepo, J. (2002). Promoción de salud. Historia de un proyecto y cambio de paradigma. En C. Núñez., M. Ramírez., L. Jurado., P. Gíl. y J. Restrepo. (comp). *Promoción de la salud y jóvenes: Experiencias universitarias* (pp. 15-27). Manizales: Alcaldía de Manizales, Grupo Interinstitucional de Programas para Adolescentes GIPA, Universidad de Manizales, Universidad de Caldas.
- Restrepo, L. (1994). *La fruta prohibida*. Bogotá: Cuadernillos del tercer milenio.
- Restrepo, L. (2010). Drogadicción: patología de la libertad. *Revista Colombiana de Psicología*, 4, 62-66.
- Restrepo, L. y Espinel, M. (1996). *Semiología de las prácticas de salud*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana
- Rial, A., Torrado, N. y Varela, J. (2008). Health orientation and drug use in young people. Is really effective current prevention? *Health and Addictions*, 8(2), 173-188.
- Robert, M., Pauzé, R. y Fournier, L. (2005). Factors associated with homelessness of adolescents under supervision of the youth protection system. *Journal of adolescence*, 28(2), 215-230. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2005.02.004>
- Ruiz, M. y Villa, J. (2000). *A cada uno le llega su hora: tragicomedia social de jóvenes y adultos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Sabina, C. and Banyard, V. (2015). Moving toward well-being: The role of protective factors in violence research. *Psychology of Violence*, 5(4), 337-342. <https://doi.org/10.1037/a0039686>
- Sarria, M.N. (2015). *Análisis del proceso de reintegración de desmovilizados de grupos armados ilegales a partir de los enfoques de desarrollo a escala humana de Manfred Max Neef y desarrollo y libertad de Amartya Sen* [tesis]. Manizales: Universidad de Manizales, Maestría en Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible.
- Sernhede, O. (2011). School, youth culture and territorial stigmatization in Swedish metropolitan districts. *Young*, 19(2), 159-180.
- Serracant, P. (2015). The Impact of the Economic Crisis on Youth Trajectories A Case Study from Southern Europe. *Young*, 23(1), 39-58. <https://doi.org/10.1177/1103308814557398>

- Sihvonen, J. (2015). Media Consumption and the Identity Projects of the Young. *Young*, 23(2), 171-189. <https://doi.org/10.1177/1103308815569391>
- Silva, L. D. (2013). *Narrativas y producción cultural en contextos de violencia. El arte urbano Ciudad Juárez (2006-2012)*. Mexico: Ciudad Juarez.
- Slavtcheva-Petkova, V. (2015). Towards a Sociology of the EU. The Relationship between Socio-economic Status and Ethnicity and Young People's European Knowledge, Attitudes and Identities. *Young*, 23(3), 222-239. <https://doi.org/10.1177/1103308815584878>
- Szasz, T.S. (1989). *Law, liberty, and psychiatry: An inquiry into the social uses of mental health practices*. London: Syracuse, University Press.
- Tardif, M., Auclair, N., Jacob, M. y Carpentier, J. (2005). Sexual abuse perpetrated by adult and juvenile females: an ultimate attempt to resolve a conflict associated with maternal identity. *Child Abuse & Neglect*, 29(2), 153-167. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2004.05.006>
- Toumbourou, J. W., Stockwell, T., Neighbors, C., Marlatt, G. A., Sturge, J. y Rehm, J. (2007). Interventions to reduce harm associated with adolescent substance use. *The Lancet*, 369(9570), pp.1391-1401. [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(07\)60369-9](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(07)60369-9)
- Téramo, M. T. (2006). Modas adolescentes y medios de comunicación como agentes socializadores. *Comunicar*, (27), 85-91. <https://www.redalyc.org/pdf/158/15802713.pdf>
- Valencia, L. P. (2017). La iniciativa de soluciones de transición desde el modelo de integración local en áreas urbanas: respuesta a los desafíos del desplazamiento forzado intraurbano: el caso de la casa de derechos de la vereda Granizal, municipio de Bello, Colombia. En P Valencia. (Coord.) (2017). *Desplazamiento forzado. Estado de la cuestión y perspectiva* (pp. 99-136). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Van der Linden, N., Bizumic, B., Stubager, R. & Mellon, S. (2011). Social representational correlates of attitudes toward peace and war: A cross-cultural analysis in the United States and Denmark. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 17(3), 217-242. <https://doi.org/10.1080/10781919.2011.587176>
- Weine, S., Horgan, J., Robertson, C., Loue, S., Mohamed, A. y Noor, S. (2009). Community and family approaches to combating the radicalization and recruitment of Somali-American youth and young adults: A psychosocial perspective. *Dynamics of Asymmetric Conflict*, 2(3), 181-200. <https://doi.org/10.1080/17467581003586897>